

NOTAS Y COMENTARIOS

Una obra en torno a la felicidad humana¹

1. *El tema de la felicidad*

El tema de la felicidad no ha estado ausente, a lo largo de los siglos, ni del anhelo profundo del corazón de los hombres, ni de las preocupaciones de los filósofos y de los pensadores. Todos los hombres quieren ser felices, tal es la impresión unánime.

"Todos los hombres —ya decía Platón— aspiran a la felicidad"². El intento de la ética aristotélica era la determinación del verdadero bien del hombre, de su fin último; describirlo, para así ayudar a los hombres a alcanzarlo. Aunque no todos aciertan con el camino que lleva a la felicidad, decía Séneca, todos la buscan y la desean: "Todos, oh hermano Galión, desean vivir bienaventuradamente; pero andan a ciegas en el conocimiento de aquello que hace bienaventurada la vida; y en tanto grado no es fácil el llegar a conocer cuál lo sea, que al que más apresuradamente caminare, desviándose de la verdadera senda y siguiendo la contraria, le vendrá a ser su misma diligencia causa de mayor apartamiento"³. Sin embargo, pocos han descrito mejor este universal anhelo de felicidad que San Agustín, el cual la había buscado por todos los caminos, antes de encontrarla en Dios. "Apetecer la vida feliz, querer la vida feliz, amar apasionadamente la vida feliz, desearla, perseguirla, entiendo ser cosa de todos..., buenos y malos; pues el bueno es bueno para ser feliz, y el malo no fuera malo si no esperase llegar a ser feliz por este camino"⁴. En otro lugar, al constatar este universal deseo de felicidad, se admira de la diversidad de caminos seguidos por los hombres con la esperanza de encontrarla: "Siendo una la voluntad de todos en conquistar y retener la felicidad, es de admirar cuán varios y diversos son los sentires sobre esta misma felicidad, no porque haya alguien que no la quiera, sino porque no todos la conocen. Pues, si todos la conociesen, no la harían consistir unos en

¹ RAMIREZ, Jacobus M.: *Opera Omnia*. Tomus III: *De hominis beatitudine*, 5 vol. Madrid, C.S.I.C., 1972, XXV-581, 469, 347, 430 y 654 pp.

² *Eutidemo*, 278 e.

³ *Tratados morales*. Libro II: *De la vida bienaventurada*. Colección Austral n.º 389. Buenos Aires, 2.ª edic., 1946, p. 27.

⁴ *Obras Completas*. Vol. VII: *Sermones*. Madrid, B.A.C., 1950, p. 755.

la virtud del alma, otros en los placeres del cuerpo; éstos en ambas cosas, aquéllos y los de más allá en mil objetos dispares"⁵.

Los tiempos, las condiciones materiales de vida y las preocupaciones de los hombres han variado, ¿la felicidad sigue siendo una aspiración o es ya una meta alcanzada?, ¿qué lugar ocupa esta preocupación dentro de la actual civilización tecnológica? La civilización tecnológica se ha propuesto fundamentalmente las siguientes metas: ofrecer al individuo un mínimo de estabilidad en el orden social y una economía de la abundancia. En algunas sociedades y en cierta medida las metas han sido alcanzadas, ¿es, por ello, más feliz el hombre? Al menos no lo parece. Parece ser que es precisamente en aquellas sociedades en que es más alto el nivel del desarrollo económico donde más abunda lo que se ha venido en llamar "el vacío de la vida". Así la droga, ese fenómeno ya muy generalizado de nuestro tiempo, es considerada por algunos como el instrumento para superar ese sin-sentido de la vida, para llevar a las personas a aquella porción de felicidad a la que tienen derecho. "El hombre de hoy —decía el Doctor Thimoty Leary— necesita riqueza interior, evasión, felicidad. La vida le agobia cruelmente con el tecnicismo, el trabajo, el materialismo económico. El hombre está reducido, pero tiene en sí los resortes para sobrevivir, y el L.S.D. le permite descubrirlos. Hoy el Estado persigue a los consumidores de L.S.D.; pero estoy seguro de que dentro de algunos años será el propio Estado el que distribuirá L.S.D. a los ciudadanos, como hoy distribuye leche en polvo a los que están necesitados; es un deber social. Cada uno tiene derecho a su porción de felicidad. Buda enseñó a sus discípulos la filosofía de la búsqueda interior, del éxtasis místico, y nosotros sabemos que el camino es justo, pero lo seguimos a través del L.S.D."

Así pues, el tema de la felicidad no ha sido olvidado, sigue estando presente en las inquietudes de la vida y del pensamiento de los hombres, porque la ansiada felicidad no ha sido todavía alcanzada.

2. El tema en Santo Tomás

Santo Tomás fue un autor muy fecundo, tanto por el número como por la variedad de sus obras⁶, las cuales pueden reducirse a dos grupos. Al primero pertenecen los comentarios de otros autores u obras ya existentes, como son los Libros Sagrados, los teólogos y los filósofos. En el segundo se incluyen sus obras personales. A lo largo de esta abundante producción aparece en numerosas ocasiones el tema de la felicidad, unas veces de forma incidental, otras de manera más expresa y más por extenso.

El comentario de pasajes de los Libros Sagrados le da pie, en numerosas ocasiones, para referirse a este tema. El evangelio de las bienaventuranzas, en particular el pasaje: "Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt" (Mt. 5, 8)⁷; la parábola de "los obreros enviados a la viña" (Mt. 20, 1-16), comentando la protesta de los obreros de la primera hora al ser equiparados en el sueldo con

⁵ Ibid. Vol. V: *Tratado sobre la Santísima Trinidad*. Madrid, B.A.C., 1948, p. 711

⁶ Para un catálogo completo de sus obras cfr. *Ramírez, Santiago: Introducción General*. En "Suma Teológica", vol. I. Madrid, B.A.C., 2.^a edic., 1957, pp. 63-68.

⁷ In Matth. 5, 1, 434. Edic. Marietti. Romae, 1951.

los llegados al término de la jornada⁸; pasajes como "Beatus es, Simon Bariona" (Mt. 16, 17)⁹ y otros¹⁰, permiten hablar, al Santo Doctor, aunque sea incidentalmente, de la bienaventuranza o felicidad humana.

En tiempos de Santo Tomás la obra de Pedro Lombardo, "*Quatuor libri Sententiarum*", era prácticamente el texto en las Escuelas teológicas. Por eso, él mismo, siendo joven profesor de la Universidad de París (1254-1256), dedicó un amplio comentario a esa obra. Allí ya estudia con mayor detenimiento el tema de la felicidad, concretamente cuando señala los premios o las penas que seguirán al juicio final o general¹¹.

Entre los filósofos, Aristóteles es, sin duda, el que goza de las preferencias del Aquinate, prueba de ello son, por una parte, los comentarios de sus obras y, por otra, las numerosísimas citas del Filósofo, así acostumbra llamar a Aristóteles, esparcidas a lo largo de sus obras. En el libro primero de la Ética a Nicómaco trata Aristóteles el tema de la felicidad; ello brinda a Santo Tomás, en el comentario de estos libros, la oportunidad de hacer otro tanto. "Sic ergo —escribía— *moralis philosophiae... propium est considerare operationes humanas, secundum quod sunt ordinatae ad invicem et ad finem*"¹². Por eso, la consideración del fin último o felicidad es primordial en la ética tanto aristotélica como tomista.

En sus obras personales delibera asimismo acerca del tema de la felicidad, más de pasada en las cuestiones disputadas¹³; en las cuestiones "de quolibet"¹⁴; y en el Compendio de Teología. Esta obra, dedicada a su compañero Reginaldo de Piperno, la compuso en los últimos años de su vida. Según el proyecto inicial debía constar de tres partes: *De fide, spe et caritate*; pero, cuando iba por el capítulo diez de la segunda parte, le sorprendió la muerte. En ella discurre también sobre la felicidad: en qué no puede consistir, en que consiste, etc. Más detenidamente lo trata en sus dos obras principales: La Suma Contra Gentiles y la Suma Teológica.

La Suma Contra Gentiles nació de una iniciativa personal, más al servicio de fines escogidos por el autor, que en dependencia de las preocupaciones inmediatas de la enseñanza¹⁵. La intención que la motivó la explican estas palabras de Santo Tomás: "Tomando, pues, confianza de la piedad divina para proseguir el oficio de sabio, aunque exceda a las propias fuerzas, nos proponemos la intención de manifestar, en cuanto nos sea posible, la verdad que profesa la fe católica, eliminando los errores contrarios"¹⁶. Apoyados en estas palabras, unos la consideran una verdadera obra teológica, pues, aunque los tres primeros libros versen acerca de verdades accesibles a la razón, estas mismas verdades estarían presentadas como pertenecientes al depósito de la fe, por lo cual debían ser tam-

⁸ Ibid., 20, 1, 1640.

⁹ Ibid., 16, 2, 1379.

¹⁰ Ibid., 13, 1, 116; 5, 2, 412; In Joann. 14, lect. 1, 1854. Edic. Marietti, Romae, 1952; etc.

¹¹ In IV Sent., d. 49.

¹² In X Libros Ethic., l. 1. Edic. Marietti. Romae, 1949.

¹³ De Verit. q. 5, a. 6 ad 4; q. 8, a. 1.

¹⁴ Quodl. VIII, qq. 7-9; quodl. X, q. 8, a. unic.

¹⁵ Cfr. CHENU, M. D.: *Introduction à l'étude de Saint Thomas d'Aquin*. Paris, 1950, p. 247.

¹⁶ L. 1, c. 2.

bién defendidas y demostradas¹⁷. Otros, por el contrario, opinan que tiene un carácter más bien filosófico, en particular los tres primeros libros. Dê acuerdo con ésto establecen el orden siguiente: al prólogo lo seguiría el tratado filosófico acerca de Dios según este esquema: Dios en sí mismo (libro primero); Dios creador (libro segundo); y Dios, fin de las criaturas (libro tercero). El libro cuarto y último ya sería una consideración sobrenatural de Dios¹⁸. Cualquiera que sea el carácter de la obra, lo que interesa en nuestro caso es el hecho de que, en ella, el tema de la felicidad o bienaventuranza humana es examinado de una manera ya más ordenada y sistemática, concretamente en el libro tercero.

Pero la obra que le dio fama imperecedera y que se iba a convertir en el Código de toda la teología católica, fue la Suma Teológica. En 1265 es destinado Santo Tomás al convento de Santa Sabina, en Roma, con el encargo de organizar una Casa de Estudios. Entre las preocupaciones de su nuevo cargo, Regente de la Casa de Estudios, entraba el dotar a los estudiantes de un adecuado texto teológico, por no satisfacerle plenamente el "*Quatuor libri Sententiarum* del Maestro Lombardo. Fruto de esta inquietud sería la Suma Teológica. "Como el doctor de la verdad católica debe no sólo instruir a los más adelantados, sino también enseñar a los que empiezan..., nos proponemos en esta obra exponer las verdades de la religión cristiana en forma apta para la enseñanza de los principiantes"¹⁹.

El objeto de la Teología, según Santo Tomás, es Dios; por eso, mientras en *la primera* parte de la Suma considera a Dios en sí mismo y como primer principio eficiente de todas las cosas, *la segunda* y *la tercera* lo miran como fin último y bienaventuranza cumplida de la criatura racional: *la segunda*, investigando los medios aptos que pueden llevar a la criatura racional a la posesión de Dios y los obstáculos que le pueden apartar de ese logro; *la tercera*, señalando el camino que lleva a Dios, que es la persona de Jesucristo.

Santo Tomás con todos los antiguos y grandes teólogos, como Alejandro de Hales, San Alberto Magno y San Buenaventura, tenía un concepto unitario de la Teología. La teología es una ciencia única, la ciencia de Dios. Ahora bien, las verdades referentes a Dios pueden dividirse en dos grupos: las que hablan de lo que Dios *es en sí mismo* y de lo que El *hizo*, son los dogmas de nuestra fe, *lo que hay que creer*, cuya explicación pertenece a la Teología dogmática; y las que enseñan lo que Dios manda, *lo que hay que hacer* para alcanzar el fin último, que es Dios mismo. Este segundo aspecto, Dios fin último de la criatura racional, corresponde estudiarlo a la Teología Moral, cuyo objeto es "*ordo... actuum humanorum supernaturalium in Deum sub ratione propria deitatis*"²⁰.

Dentro del esquema de la Suma, por consiguiente, la Segunda Parte (I-II y II-II) sería propiamente la parte moral, pudiendo distinguirse en ella dos tratados principales: el tratado del fin último del hombre y el tratado de los medios para alcanzar ese fin, esto es, de los actos humanos.

¹⁷ Cfr. CHENU, o. c., p. 252.

¹⁸ Cfr. AZAGRA, Jesús: *Introducción al libro primero*. En "Suma Contra Gentes". Madrid, B.A.C., vol. I, 1952, pp. 37 ss.

¹⁹ Suma Teológica, I, proemium.

²⁰ RAMIREZ, Jacobus: *De hominis beatitudine*. Vol. I, p. 117.

El fin último "dupliciter considerat: primo, in universali seu in abstracto, sub ratione universali finis ultimi communis omni creaturae (I-II, q. 1); secundo, in speciali seu in concreto, sub speciali ratione beatitudinis supernaturalis, secundum quam Deus est propius finis creaturae rationalis"²¹ (I-II, qq. 2-5). El mismo esquema seguirá en el tratado de los actos humanos. Primero, en general (I-II, a partir de la cuestión seis); luego, en particular (toda la II-II).

El tratado del fin último o de la bienaventuranza humana no es muy extenso, como se ve, abarca cinco cuestiones solamente; pero tiene gran importancia. Y, para lo que al presente nos interesa, el comentario de este tratado es el que ha dado pie a la obra del P. Ramírez, cuyo contenido y características presentamos a continuación.

3. El comentario del P. Ramírez

El contenido del comentario es fácil sintetizarlo, pues en él el P. Ramírez sigue puntualmente el esquema de la Suma. Esta obra, ya lo hemos dicho, es estrictamente teológica. El punto de vista de Santo Tomás aquí es el de el teólogo; por eso, va a discurrir acerca del fin último o bienaventuranza real del hombre, que es la sobrenatural, no cerca del fin último o bienaventuranza natural, a la que, en un hipotético estado de naturaleza pura, el hombre podría aspirar. A pesar de ello, opina el P. Ramírez que, en este tratado, Santo Tomás sigue el esquema de Aristóteles, cuando éste habla de la bienaventuranza natural y en la medida en que el paralelismo entre ambas lo permite²². Por eso, el Aquinate, después de tratar del fin último en general (q. 1), delibera acerca de la bienaventuranza o felicidad humana en sí misma siguiendo el esquema aristotélico: primero, busca la definición de la bienaventuranza, tanto por parte del objeto (q. 2), como del sujeto (qq. 3-4); segundo, su causa eficiente o meritoria, pues el mérito es la causa eficiente de la bienaventuranza (q. 5).

De acuerdo con este esquema, el primer volumen de la obra comprende, en primer lugar, tres largos prolegómenos: uno que sirve de introducción general al conjunto de la Teología moral, otro es una introducción especial al tratado de la bienaventuranza humana, el tercero recoge una abundante bibliografía relativa a este tratado, en la que se incluyen filósofos, Santos Padres y teólogos; en segundo lugar, el comentario a la primera cuestión sobre el último fin del hombre en general, para la que adopta la siguiente división: Existencia de un fin último en la vida humana (aa. 1-4); de su esencia o naturaleza (aa. 5-8), esto es, de su unidad, pues la esencia del fin último, en contraposición con los fines próximos e intermedios, está en su unidad.

Aparte del comentario en sí mismo, ya de por sí amplio y detallado, merecen destacarse dos "excursus". La solución de la primera objeción del artículo 1 (el fin es término, no causa; por eso, no es propio del hombre obrar por un fin, pues la preposición "propter" indica relación de causalidad) le lleva al primero en torno al "constitutivo formal de la causalidad final"²³. A propósito del artículo 2,

²¹ Ibid., p. 119.

²² Ibid., p. 140.

²³ Ibid., pp. 253-271.

que establece la existencia de una finalidad en todo movimiento natural, escribe el segundo "excursus", de explicación al axioma: *Opus naturae est opus intelligentiae*²⁴. De destacar asimismo con sus explicaciones a algunos conocidos axiomas filosóficos, por ejemplo, "*Bonum est diffusivum sui*"²⁵. Son ocasiones en que brilla especialmente su gran cultura filosófica.

Tras el primer libro, dedicado al fin último o bienaventuranza en general, los cuatro restantes, en que divide su obra el P. Ramírez, están consagrados a la bienaventuranza o felicidad humana ya en concreto, siguiendo esta distribución: libro segundo, de la esencia metafísica de la bienaventuranza objetiva; libro tercero, de la esencia metafísica de la bienaventuranza formal; libro cuarto, de la esencia física de la bienaventuranza tanto objetiva como formal; y, libro quinto, de la causa eficiente de la bienaventuranza humana o del logro de la bienaventuranza objetiva y formal.

La determinación de la esencia de una cosa, en efecto, exige precisar no sólo su esencia física, sino también la metafísica. La esencia *física* de una cosa comprende todos los predicados o perfecciones que de alguna manera le corresponden o le son connaturales; la esencia *metafísica*, por el contrario, sólo incluye aquellos predicados quiditativos por los que la cosa primeramente se constituye en sí misma y se diferencia de cualquier otra, y que son, a la vez, la raíz o base de los demás predicados o perfecciones que pueden convenir a esa cosa²⁶. Por otra parte, cabe considerar la bienaventuranza bien por parte del objeto, bien por parte del sujeto, pues "*sicut... distinguimus veritatem ontologicam seu materialem a veritate logica seu formali, ita etiam distinguere possumus et debemus beatitudinem obiectivam sive materialem a beatitudine subiectiva sive formali*"²⁷. Y sobre estas distinciones se basa precisamente la distribución de la materia antes señalada.

El segundo volumen de esta edición es, pues, el destinado a comentar la segunda cuestión, la bienaventuranza o felicidad humana objetiva, es decir, a la determinación del objeto que pueda ser capaz de hacer plenamente feliz al hombre. Ese objeto tiene que ser necesariamente algún bien, de ahí que todo el problema consistirá en discernir, entre los distintos bienes existentes, aquellos que no sean capaces de llenar la capacidad perfecta del hombre del único capaz de hacerlo. El orden seguido en este libro es, por consiguiente, sencillo. Después de un apartado introductorio —nombres usados para expresar la realidad de la bienaventuranza, orden y nexo entre las partes de la cuestión— vienen dos partes. La primera discurre acerca de aquellas cosas o bienes en los que no se puede hallar la bienaventuranza humana; la segunda determina ya el bien en que puede únicamente encontrarse esa bienaventuranza, sea en el orden natural, sea en el orden sobrenatural.

Es, sin duda, la parte de la obra, cuya lectura resulta menos árida. Primero, por considerar en ella tema de primordial interés para toda persona, el objeto de la felicidad. Segundo, porque, a través de las numerosísimas citas de los Libros

²⁴ Ibid., pp. 324-330.

²⁵ Ibid., pp. 397-402.

²⁶ Cf. RAMÍREZ, J.: O. c., vol. II, p. 37.

²⁷ Ibid., p. 38.

Sagrados y de autores paganos y cristianos diseminadas a lo largo del comentario del P. Ramírez, se percibe el eco de las meditaciones de los espíritus más nobles durante milenios, la llamada de experiencias universales en torno a la felicidad humana.

El libro tercero comprende los volúmenes tercero y cuarto de la presente edición²⁸. El tema es: "la esencia metafísica de la bienaventuranza formal", es decir, de "la misma consecución de la bienaventuranza objetiva, por cuya posesión el hombre se constituye y se denomina formalmente feliz"²⁹. Por eso, delibera tanto acerca del género (volumen tercero), como de la diferencia específica (volumen cuarto) de la bienaventuranza formal.

Referente al género, dos son los puntos principales a resolver. Uno, a qué categoría del ser pertenezca: si es una realidad increada o una realidad creada; dentro de las realidades creadas, si pertenece a la categoría de sustancia o a la de accidente; y, todavía, a qué género de accidente. La conclusión definitiva es: "Beatitudo formalis hominis est essentialiter actus secundus seu operatio"³⁰. Esta conclusión da paso al segundo punto, en una nueva sección que titula: "Del género psicológico de la bienaventuranza formal". Las acciones del hombre, en efecto, se diferencian según la potencia de la que nacen o el hábito del que son efecto; por eso, conviene aún conocer de qué potencia surge el acto beatificante o bienaventuranza formal e informada por qué hábito. La respuesta a estas preguntas lleva al autor a un análisis minucioso de los actos de las distintas potencias, hasta concluir que el acto beatificante es el acto contemplativo, propio del entendimiento a través del hábito especulativo: "Beatitudo formalis hominis consistit essentialiter in actus intellectus speculativi; qui tamen nos est pure speculativus, sed per se primo speculativus et per se secundo practicus"³¹.

Ahora bien, en las características que menciona la conclusión anterior coinciden todos los tipos de bienaventuranza formal que se pueden distinguir, esto es, la natural y la sobrenatural, sea la iniciada o propia de esta vida, sea la consumada o propia de la vida futura. Por consiguiente, en la segunda parte del libro tercero, bajo el epígrafe "De última differentia beatitudinis formalis", fija las diferencias que existen entre la bienaventuranza sobrenatural consumada, fin real al que todo hombre está destinado actualmente, la bienaventuranza natural y la bienaventuranza sobrenatural iniciada o propia de esta vida.

El libro cuarto y quinto constituyen la parte hasta ahora inédita de la obra del P. Ramírez³². El primero de ellos es el comentario a la cuestión cuarta de la I-II. La opinión más corriente en torno al tema y al orden de los artículos de esta cuestión sostenía que Santo Tomás trataba aquí el tema del estado beatífico o del estado de la bienaventuranza, que comportaría "status omnium bonorum congregatione perfectus"³³. Por eso, como los bienes pueden reducirse a tres catego-

²⁸ Hasta el libro tercero, inclusive, la obra había sido ya editada por el mismo Consejo Superior de Investigaciones Científicas: *De hominis beatitudine*, 3 vol. Madrid, 1942, 1943 y 1947.

²⁹ RAMÍREZ, J.: *De hominis beatitudine*, vol. III. Madrid, 1972, p. 3.

³⁰ *Ibid.*, p. 107.

³¹ *Ibid.*, p. 272.

³² En la presente edición ocupan el volumen V.

³³ RAMÍREZ, J.: *O. c.*, vol. V, p. 44.

rías (bienes del alma, corporales y exteriores), la cuestión seguiría este orden: primero, de las cosas que se requieren para la bienaventuranza de parte de los bienes del alma (aa. 1-4); segundo, de parte de los bienes corporales (aa. 5-6); y, finalmente, de parte de los bienes exteriores (aa. 7-8).

En opinión del P. Ramírez, por el contrario, Santo Tomás considera aquí propiamente la esencia física de la bienaventuranza formal. En efecto, al comienzo de la cuestión tercera prometía examinar dos cosas "qué cosa sea la bienaventuranza (es decir, la esencia metafísica de la bienaventuranza formal) y qué requisitos supone" (es decir, la esencia física de la misma bienaventuranza formal, en esta cuestión cuarta). Consideraría, pues, más que los bienes mismos que integran la bienaventuranza, el *modo* en que esos bienes concurren a la integridad de la bienaventuranza formal, respondiendo el orden de los artículos a esa diversa manera de concurrir: concomitantemente, la delectación (a. 1); formalmente, la visión (a. 2 y la comprensión (a. 3); antecedentemente o con carácter preparatorio y de preámbulo, se requerirían tanto la rectitud de la voluntad (a. 4), como los bienes del cuerpo, la vida (a. 5) y la salud (a. 6); por último y como auxiliares externos, los bienes exteriores (a. 7) y la compañía de los amigos (a. 8) ³⁴.

Su comentario, en consecuencia, se va a atener a este esquema, pero anteponiendo un apartado sobre la esencia física de la bienaventuranza objetiva ³⁵ y otro final consagrado a la descripción de la bienaventuranza integral, en cuanto comprende la objetiva y la formal ³⁶.

El libro quinto, por último, se refiere ya, como la cuestión de Santo Tomás que comenta, a la obtención de la bienaventuranza en dos momentos: primero, la posibilidad de conseguirla; y segundo, el modo o el camino para llegar a su real obtención: si bastan las solas fuerzas naturales o sólo es asequible por vía de mérito sobrenatural.

Todavía un detalle que no escapará a la mirada menos atenta. A partir del artículo seis de la cuestión cuarta el comentario es más breve y esquemático. La explicación es que hasta ahí los temas habían sido redactados por el autor ya en vistas a una publicación, mientras que el resto respondería únicamente al esquema, más breve y menos detallado, de los comentarios escolares, que más adelante había de pulir y ampliar en vistas a la publicación ³⁷.

Hasta aquí el resumen del contenido de la obra. Resultaría presuntuoso de nuestra parte el intentar añadir algo nuevo a un comentario de por sí ya tan extenso y completo. Únicamente, en orden a rematar la presentación de esta obra, podemos señalar algunas características de la misma, algunas ya apuntadas por los comentaristas de la obra, en la parte que ya tuvo primera edición.

En cuanto al *aparato externo* destaca inmediatamente la extensión de la obra del P. Ramírez, en contraste con lo reducido del tratado de Santo Tomás, que da ocasión a este comentario ³⁸. Al propio autor no se le escapó este detalle, por lo

³⁴ Ibid., p. 45.

³⁵ Ibid., pp. 7-38.

³⁶ Ibid., pp. 465-470.

³⁷ Cfr. RODRIGUEZ, Victorino: *Notula praevia editoris*, vol. I, p. VIII.

³⁸ Mientras el tratado de Santo Tomás, en la edición de la B.A.C., sólo ocupa 50 páginas; los cinco volúmenes del comentario sobrepasan las 2.500.

que se explicaba: "No niego haber hecho un comentario bastante prolijo. Pero, si no me equivoco, los comentarios no han de ser juzgados por su extensión o por su brevedad, como tampoco por su vetustez o por su novedad. Si son verdaderos, si son sólidos, si son profundos, nunca serán demasiado largos, y siempre serán nuevos; si son falsos, si son endeble, si son superficiales, nunca serán demasiado breves, y siempre vetustísimos"³⁹. Ciertamente la prisa o la preocupación por el espacio y el tiempo, están ausentes de esta obra, cuyo único cuidado parece ser el de profundizar y el de agotar el tema en todas sus vertientes.

Otro detalle externo que puede extrañar, particularmente en estos tiempos, es el de la lengua en que está escrito, el latín. Sin embargo, también este detalle obedece a un propósito deliberado y tiene sus razones. La primera es que el latín era la lengua más adecuada para expresar su pensamiento, profundamente enraizado y plenamente consonante con el de Santo Tomás, cuyo vehículo de expresión fue asimismo el latín. La segunda, aunque parezca paradójico, era el asegurarle una mayor difusión, dentro del sector especializado y necesariamente reducido de lectores que la índole misma de la obra admitía. Puesto que, en los tiempos en que la obra se escribía⁴⁰, ese sector o público al que podía dirigirse, no desconocía el latín.

También se debe a decisión consciente y deliberada del autor el método empleado, nada acorde por cierto con los gustos de los tiempos, es decir, el método escolástico y el uso de la forma silogística. En realidad se ajusta estrictamente a la estructura usual en la composición de los artículos de la Suma. "De cuatro partes se compone cada artículo: primera, planteamiento de la cuestión en términos breves y precisos; segunda, proposición de argumentos o razones en favor de las dos partes en litigio, es decir, en dos sentidos opuestos que puede tener cada cuestión; tercera, determinación o solución de la cuestión planteada; cuarta, solución de los argumentos contrarios a la respuesta dada o determinación adoptada"⁴¹. La posible aridez de este procedimiento, que luego se haría clásico dentro de la escolástica, es ampliamente compensada por la precisión y claridad expositiva que permite. Por ello, el P. Ramírez ha optado por él intencionadamente y sin vergüenza alguna. "Hanc etiam ratione —escribe— usus sum sermone simplici, consueto tamen inter scholasticos theologos... Forman sillogisticam aliaque ad Philosophiam pertinentia non erubui, sicut neque S. Thomas erubescibat"⁴².

Por lo que atañe al *contenido intrínseco* damos por válida una característica, ya reseñada por otros críticos, la atención e importancia concedida a las aclaraciones históricas. "El P. Ramírez —escribió uno de los críticos de la obra en su

³⁹ *Praefatio*, vol. I., p. XVII.

⁴⁰ El tomo primero, editado por vez primera en 1942, había sido entregado para la censura en 1935; por eso, su redacción la hizo probablemente durante el curso 1934-1935, cuando explicaba Introducción a la Teología Moral y esta parte de la Suma en la Facultad de Teología de la Universidad de Friburgo, Suiza. El segundo y el tercero, publicados en 1943 y 1947 respectivamente, fueron entregados a los censores en 1942; por eso, su redacción definitiva debió hacerla durante el curso 1939-1940 en la misma Universidad. Referente al manuscrito del comentario a los artículos 6-8 de la cuestión cuarta y de toda la cuestión quinta, pertenecen al primero o al segundo curso de Friburgo, 1929-1931. Cf. *Rodríguez*, V.: L. c., p. VIII-IX.

⁴¹ RAMÍREZ, S.: *Introducción general*, L. c., p. 199.

⁴² RAMÍREZ, J.: *De hominis beatitudine*, vol. I: *Praefatio*, p. XV.

primera edición— es el primero, a nuestro entender, que ha introducido la perspectiva histórica dentro del comentario, seguido y sistemático, de un tratado general; y no vale la pena recalcar lo provechoso de esta experiencia”⁴³. En efecto, siempre que el tema así lo pide, éste es encuadrado por el P. Ramírez dentro de su contexto histórico, aduciendo las opiniones, los testimonios y las maneras distintas en que ha sido enfocado por autores de todas las tendencias y tiempos: griegos, romanos, judíos, árabes y cristianos; antiguos y recientes. Esta perspectiva histórica, ensamblada perfectamente dentro del esquema eminentemente doctrinal de la obra, hace que el estudio de cada uno de los temas resulte verdaderamente exhaustivo.

Concluyendo, la lengua, el estilo y el carácter eminentemente especulativo de la obra, van a suponer dificultades que aparten a muchos de su lectura. Sin embargo, el que, vencidas estas dificultades, penetre en el contenido de estas páginas, encontrará en ellas una doctrina más rica y más jugosa de lo que el aparato externo podía presagiar, alcanzando al mismo tiempo una visión panorámica y en profundidad de toda una tradición milenaria en torno al tema de la felicidad humana.

JOSE ANTONIO LOBO, O. P.

⁴³ TONNEAU, J.: *Bulletin Thomiste*, 7 (1943-1946) 41.